

Álvar Núñez Cabeza de Vaca

# Naufragios

Edición, introducción y notas  
de Trinidad Barrera López



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Primera edición: 1985  
Tercera edición: 2015  
Tercera reimpresión: 2019

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada  
Ilustración de cubierta: Naufragio (*detalle*): ilustración de *Teatro de los Vicios y las Virtudes* de Jan van der Noot, h. 1539-95 (Biblioteca de la Universidad de Glasgow, Escocia)

© Bridgeman / ACI  
Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© de la edición, introducción y notas: Trinidad Barrera López  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 1985, 2019  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9104-077-4  
Depósito legal: M. 14.432-2015  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción, por Trinidad Barrera López
- 69 Bibliografía
  
- Naufragios
- 77 El rey
- 79 Prohemio
  
- 215 Cronología
- 219 Índice de topónimos
- 221 Índice onomástico y étnico



# Introducción

El voluminoso *corpus* de la historiografía americana tiene en su haber uno de los textos más interesantes e ingeniosos que se escribieron sobre el descubrimiento, donde se coordinan la información y la ficción, como era habitual en el discurso de la historia del seiscientos, al que se le exigía, a través de la retórica clásica y renacentista, las mismas cualidades que lucía la prosa de ficción. Me refiero a *Naufragios* (1542) de Álvarez Núñez Cabeza de Vaca, autor, relator y protagonista de una, entre otras, de las más infortunadas expediciones a la Florida, cuyas tierras marcaron la desdicha de unos caballeros intrépidos y/o aventureros que las hollaron a lo largo del siglo. Desde que en 1512 don Juan Ponce de León descubrió la *isla* Florida, hasta la expedición de Hernando de Soto<sup>1</sup> que regresaría malparada y estozada a México en 1542, todas estuvieron estigmatizadas por el fracaso.

1. Recogida y relatada por el Inca Garcilaso de la Vega, *La Florida*, Lisboa, 1605. Cfr. libro I.

La epopeya de esa desdichada aventura que, a lo largo de diez años, llevará a Núñez a un desplazamiento hacia occidente –motor del descubrimiento–, de costa a costa de lo que actualmente es el sur de los Estados Unidos, constituye la materia argumental. Pero quizás no sea lo más singular de esta crónica el relato de las desdichas en sí mismo –pues éstas fueron la tónica de otras tantas expediciones–, sino la sabia combinación del valor documental y pragmático con las inserciones creativas. Feliz maridaje de lo informativo y lo literario que caracteriza a buena parte de las crónicas de Indias.

## Las expediciones a la Florida

Los comentaristas más significativos de aquella época están de acuerdo en considerar que la expedición dirigida por Pánfilo de Narváez (1527) fue ejemplar en cuanto a insensatez, imprudencia y mala dirección. Así la comenta G. Fernández de Oviedo:

Esto acaesce a los que no bien pensadas e ponderadas primero sus empresas, se pierden con ellas, e lo que es peor, causan que otros muchos acaben mal.

[...] en el cual subcedieron cosas de mucho dolor e tristeza a aún miraglos en esos pocos que escaparon e quedaron con la vida después de haber padescido innumerables naufragios e peligros<sup>2</sup>.

2. Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, IV, BAE, Madrid, 1959, pp. 285 y 287.

Narváez fue hombre, como dice Oviedo, «para ser mandado y no para mandar», y así lo había puesto de relieve en dos ocasiones distintas, en la conquista de Cuba, al mando de Diego Velázquez, para quien consigue el cargo de adelantado; y en su posterior y malhadado enfrentamiento con Hernán Cortés (1520), recordado por Oviedo con estas palabras:

Si Pánfilo de Narváez no perdiera la memoria de cómo fue tractado en la Nueva España, e mirara cuán al revés le salieron sus pensamientos, no buscara otros torbellinos e fatigas.

Graciosamente relataría la poca lección que de este episodio extrajo:

se entendían también a los hombres como a los asnos, pues por tales se deben haber los que por muchos azotes no se enmiendan<sup>3</sup>.

El 17 de noviembre de 1526 firmó con el emperador una capitulación, gracias a la cual se le concedía facultad para descubrir, conquistar y poblar todo el territorio comprendido desde el Río de las Palmas (hoy Soto de la Marina, en el Estado de Tamaulipas) hasta la Florida<sup>4</sup>. Siete meses después, el 17 de junio de 1527, partiría del puerto de Sanlúcar de Barrameda con cinco navíos mal equipados y unos seiscientos hombres. En

3. *Ibidem*, pp. 285-286.

4. Las conquistas de Cortés se habían extendido hasta la región del Pánuco, límite norte del virreinato para la Corona.

dicha expedición iría Álvaro Núñez como tesorero y alguacil mayor.

El intento de colonizar la Florida había tenido unos antecedentes tan catastróficos como los de la propia expedición de Narváez. Gracias a su influencia en la Corte, Juan Ponce de León, miembro de una de las ilustres familias españolas<sup>5</sup>, acompañante de Colón en su segundo viaje y hombre destacado más tarde en la sofocación de una revuelta en Higüey (Haití) y por su gobernación de Puerto Rico, obtuvo del rey Fernando, en febrero de 1512, el permiso para descubrir y colonizar la isla de Bimini, bajo el cargo de adelantado. En abril del año siguiente llegó a un territorio que llamó Florida, bien por su arribo el día de Pascua Florida, bien por la belleza de su vegetación. Ni oro ni Fuente de la Eterna Juventud fueron halladas por Ponce de León en su recorrido de la costa oriental y parte de la occidental, sólo penalidades. Sin embargo, en su favor se estima el descubrimiento de la *isla* Florida<sup>6</sup>, a la que volvió con una nueva expedición en febrero de 1521, donde fue herido de muerte al ser atacado por los feroces seminolas, retirándose a morir en Cuba.

Entre la primera y la segunda expedición de Ponce de León se sucedieron otros intentos. Se inician con el

5. El sobrenombre de León se debió al casamiento de uno de los Ponce con doña Aldonza de León, hermana de Fernando III.

6. En los primeros tiempos, todo nuevo descubrimiento era supuestamente insular, así se habló de la isla Florida hasta fechas difíciles de concretar, «si bien es cierto que la duda acerca de su carácter insular subsistió hasta fines del siglo XVI» (J. Lafaye, *Los conquistadores*, México, 1970, p. 14).

de Diego Miruelo, en 1516, quien a su regreso a Cuba difundió la voz de las riquezas de Florida, pero «sin haber hecho el oficio de buen piloto en demarcar la tierra y tomar la altura»<sup>7</sup>. Francisco Hernández de Córdoba, en 1517, fue enviado por Velázquez desde Cuba a las costas de Yucatán. Su enfrentamiento con los indios, del que salió herido (del mismo modo que Bernal Díaz del Castillo, miembro de la expedición), le ocasionaría la muerte diez días después de su regreso a La Habana. Alonso Álvarez de Pineda, bajo el mandato del gobernador de Jamaica, Francisco de Garay, dirigió una flotilla en busca del paso del Mar del Sur. Al parecer recorrió la costa, desde la Florida a Tampico<sup>8</sup>. La expectativa que creó fue tal que el propio Francisco de Garay consigue del rey la colonización de estos territorios (1521), pero coincidió en el Pánuco con la jurisdicción de Hernán Cortés que capturó uno de los barcos que mandada Diego de Camargo. No tuvo más remedio que desistir (1523) y reembarcar a Jamaica. Caso similar ocurrió con Lucas Vázquez de Ayllón, oidor de la Audiencia de Santo Domingo, quien envió en busca del Estrecho, en 1520, al piloto Francisco Gordillo, cuyo encuentro con Pedro de Quexos no pareció beneficiarle, pues éste le indujo a la captura de nativos y al pillaje más que a explorar la costa. Su acción fue castigada por Ayllón a su regreso a Santo Domingo.

En 1526 vuelve sobre sus pasos el mismo Ayllón en persona, con una expedición que salió del puerto de La

7. Inca Garcilaso, *La Florida*, I, México, 1956, p. 14.

8. Apuntó que la Florida parecía más bien parte de un continente.

Plata (Santo Domingo). A él se debe la fundación de la colonia de San Miguel de Guadalupe (Jamestown), que fracasaría a la muerte del oidor, en octubre de 1526. El resto de la expedición volvió a Santo Domingo con sólo ciento cincuenta de los quinientos expedicionarios. El hambre, el frío y las tempestades habían sido sus aliados.

Con todos estos precedentes aún hubo, tras la tentativa de Narváez, otros nuevos intentos en la Florida. El más célebre fue el del adelantado Hernando de Soto, en 1538, que desembarcaría en la costa occidental para recorrer todo el sureste del territorio, cruzando el río Misisipi en 1541. Al morir, en 1542, tomaría el mando de la expedición Luis de Moscoso, quien condujo a los supervivientes a México un año después. Así resume el Inca Garcilaso el balance:

Diez años después de Pánfilo de Narváez fue a la Florida el adelantado Hernando de Soto y llevó mil españoles de todas las provincias de España; fallecieron más de los setecientos de ellos. De manera que pasan de mil y cuatrocientos cristianos los que hasta aquel año han muerto en aquella tierra con sus caudillos<sup>9</sup>.

Como se ve, no fue tarea fácil poner definitivamente pie en la Florida, pues para ello fueron necesarias varias tentativas entre 1512 y 1562. Hasta 1702 no tendría lugar el fin de las misiones floridianas<sup>10</sup>.

9. Garcilaso, *La Florida*, p. 445.

10. Cfr. el cuadro realizado por Silvia L. Hilton en su «Introducción» a *La Florida* del Inca, Madrid, 1982, pp. LXXXIII-LXXXVIII.

## La aventura de vivir

La niebla y los puntos oscuros siguen persistiendo a la hora de rastrear los pasos de este hidalgo español que, emulador de las hazañas de Ulises o Marco Polo, recorrió el territorio norteamericano en una auténtica odisea que quedó plasmada en su relato.

Como Ayllón o Soto, aunque superándolos, si cabe, en heroísmo y espectacularidad en su proeza, cual si intentara imitar al sagaz Hernán Cortés, su gesta fue realmente legendaria, ya que la escasez de recursos y técnica así la avalaba, y sólo se explica dentro de una generación fronteriza entre el Medievo y el Renacimiento, hombres que vivían «en la tensión resultante de sus supersticiones medievales y de su espíritu moderno de curiosidad. Esta amalgama de fuerzas opuestas multiplicó su energía para cumplir la misión histórica de europeizar prácticamente a la humanidad entera»<sup>11</sup>.

El maestro Juan de Ocampo lo describió como «animoso, noble, arrogante, los cabellos rubios y los ojos azules y vivos, barba larga y crespa, era Álvar un caballero y un capitán a todo lucir; y las mozas del Duero enamorábanse de él y los hombres temían su acero», aunque no dudamos en admitir buena dosis de hiperbolización en su retrato.

Sevilla y Jerez de la Frontera (y en menor medida un pueblo extremeño) se han disputado su cuna. Al no ser encontrada su partida de nacimiento por la falta de registros parroquiales en la mayoría de las de Jerez –tarea

11. I. A. Leonard, *Los libros del conquistador*, 2.<sup>a</sup> ed., México, 1979, p. 300.

que realizó concienzudamente Hipólito Sancho de Sopránis, sin éxito—, ha ocasionado parte de la incertidumbre del que, por todos los indicios de su tiempo, se sospechaba oriundo del pueblo gaditano. Sus palabras en el capítulo final de los *Naufragios*, donde enuncia los nombres, filiación y lugar de procedencia de los supervivientes, resultaron oscuras para la crítica que atribuyó el nombre de Jerez al lugar de nacimiento de su madre:

El tercero es Álvar Núñez Cabeça de Vaca, hijo de Francisco de Vera y nieto de Pedro de Vera el que ganó a Canaria, y su madre se llamava doña Teresa Cabeça de Vaca, natural de Xerez de la Frontera.

Aun aceptando el orden sintáctico frente al lógico, en relación con los anteriores casos citados, cuando menos se enuncia el solar materno (y paterno, como veremos).

Gonzalo Fernández de Oviedo, contemporáneo de Cabeza de Vaca, al que conoció en Madrid, lo hace natural de Jerez de la Frontera:

La historia ha contado la disposición en que en aquel tiempo estaba aquella tierra y gobernación del Río de la Plata a la sazón que llegó el gobernador Álvar Núñez Cabeza de Vaca, buen caballero y *natural de Jerez de la Frontera*<sup>12</sup>.

Posteriormente, los documentos encontrados por Sancho de Sopránis confirman, prácticamente, su oriundez

12. Oviedo, *Historia*, II, p. 381. A favor de esa ciudad se inclinaron también Barris Muñoz, Bishop y Sopránis, entre otros.

jerezana<sup>13</sup>. Jerez es, sin duda, el solar de sus mayores: abuelo, padre, madre, tíos, primos, etc., toda una familia de raigambre jerezana.

Sus ancestros fueron famosos en los anales de la historia de España. Según Bishop, el apellido Cabeza de Vaca fue dado, al parecer, por el rey Sancho a Martín Alhaja por su actuación destacada en la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Pero fue, a buen seguro, su abuelo paterno don Pedro de Vera, noble jerezano muerto en su misma ciudad (1500) y destacado en la conquista de las Islas Canarias y de Granada, el que más le influyó. Con orgullo confesaría Núñez sus heroicos parentescos:

bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepassados (Prohemio).

Parece bastante desacertado quererle atribuir soberbia o vanidad a este reconocimiento, cuando más bien se explica por «el sentimiento del pasado y de un pasado que reputaba glorioso, [...] conciencia de las obligaciones que esa herencia moral imponía, conservarla y acrecerla»<sup>14</sup>. De seguro, nuestro autor era un hombre de linaje y buena posición social.

El lugar de su muerte y aun las fechas de su nacimiento y final no han podido ser fijadas definitivamente por los historiadores. Debió de nacer alrededor de 1490, en-

13. Cfr. H. Sancho de Soprani, «Datos para el estudio de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca» y «Notas y documentos sobre Álvaro Núñez Cabeza de Vaca», en *Revista de Indias*, 27 (1947), 69-102 y 91-92 (1963), 207-241.

14. Soprani, «Datos...», p. 93.

tre 1492 y 1495 según Sopranis, aunque otros historiadores defienden la poco probable de 1507 (a pesar de su linaje, la edad de veinte años cuando embarcó en la expedición de Narváez sería muy escasa para tan alto cargo). Hoy día podemos ajustar mejor la fecha de su nacimiento, así como otras fechas gracias a descubrimientos recientes<sup>15</sup> que permiten apuntar que nació antes de 1492, probablemente hacia 1488. Juan Gil apunta también que a la muerte de su padre residió algún tiempo en Sevilla, donde la familia tenía cierta influencia, y que en 1519 figuraba en los documentos como camarero del duque de Medina Sidonia y vecindado en la collación sevillana de San Miguel. Su estado social fue en aumento y hacia 1520 ya se había casado con María de Marmolejo, dama perteneciente a la burguesía sevillana. Estos datos han permitido avanzar en el conocimiento de los primeros años de Cabeza de Vaca después de las investigaciones que realizara Sopranis respecto a la infancia del jerezano. Fue el tercero de seis hermanos que quedaron huérfanos de padre y madre a corta edad. Sus progenitores debieron de fallecer «hacia 1505 o muy a sus alrededores»<sup>16</sup>. En el año 1512 estaban sujetos a curatela y fue su tía doña Beatriz de Figueroa, hermana de doña Teresa, la que se hizo cargo de los huérfanos, hasta su desplazamiento a Sevilla. Por su parte, Morris Bishop<sup>17</sup> considera

15. Juan Gil, «Notas prosopográficas», en *Historiografía y Bibliografía americanista*, XLVII, 1990, pp. 23-58, aunque los datos referidos a Cabeza de Vaca están en las páginas 53 a 58.

16. Sopranis, «Datos...», p. 83.

17. *The Oddysey of Alvar Núñez Cabeza de Vaca*, Connecticut, 1971, pp. 8-10.

que se alistó en la armada que el rey Fernando envió a Italia, en ayuda del papa Julio II, participando en la batalla de Rávena de 1512, y que fue nombrado alférez en Gaeta, cerca de Nápoles. Poco después lo hace de vuelta a España y al servicio del duque de Medina Sidonia como camarero, y aún resalta Bishop su participación en la revuelta de los comuneros y su defensa de una de las puertas de la ciudad sevillana, la del Osario, y su posterior servicio contra los franceses en Navarra<sup>18</sup>. Sí queda constancia de que su mujer gastó buena parte de su propiedad en su defensa cuando él volvió del Río de la Plata.

La vida de Álvar Núñez estuvo marcada por dos acontecimientos singulares, la expedición a la Florida (1527-1537) y su viaje a Asunción como adelantado del Río de la Plata (1540), al que arribaría en 1542. Ambas misiones le acarrearón amargos sinsabores, mayores en el segundo de los casos, ya que su conducta y política indigenista no llegó a acomparse con los intereses más pragmáticos de los colonos y capitanes del Paraguay. Finalmente una sublevación lo tomó prisionero y lo devuelve a España, donde sufriría juicio y condena, hasta ser absuelto por Felipe II y rehabilitado de sus cargos.

Entre 1527 y 1537 tenemos a nuestro héroe en su titánica aventura por las tierras de la Florida y México: cruzó el territorio de Texas muy cerca del actual Nuevo México –Chihuahua, Sonora, parte de la Sierra Madre, Sinaloa– hasta llegar a Culiacán el 1 de mayo de 1536. En total, cerca de 18.000 km recorridos a pie durante un tiempo de

18. En los *Naufragios* abunda el sistema comparatista pero sólo en una ocasión se toma como referente Italia (cap. XXIV).

ocho años. A su regreso a España, el emperador ya había nombrado un nuevo adelantado para aquellas tierras, Hernando de Soto. Su esfuerzo relatado en la *Relación* que, según nos dice Oviedo, se envió a la Audiencia de Santo Domingo, no cayó en el vacío, pues el 18 de marzo de 1540<sup>19</sup> firma una capitulación con Carlos V<sup>20</sup> bajo los títulos de gobernador, adelantado y capitán general del Río de la Plata. Llevaba como misión socorrer a los posibles supervivientes de la expedición de Pedro de Mendoza. Su carrera política fue lógica: lugarteniente de un adelantado, primero, y tras su experiencia, la responsabilidad directa de una expedición<sup>21</sup>.

Con anterioridad al año 1540, relata Bishop un encuentro de Núñez con Soto, en Sevilla, donde éste le conminó para que se uniera a la expedición. De todos modos, no hay constancia oficial de esta conversación ni de que Núñez proporcionase información del territorio a Soto.

La aventura sudamericana añadió a los padecimientos físicos de antaño amarguras de orden moral. De su estancia y vicisitudes tratan los *Comentarios* (1555), escritos, bajo su encargo, por Pedro Hernández, su secreta-

19. Dos años antes de ver la luz la primera impresión de su obra.

20. Editada en el tomo XXIII de la «Colección de documentos inéditos del Archivo de Indias», Madrid, 1875, pp. 8-33.

21. El cargo de adelantado fue funesto a quienes lo poseyeron. Dice Oviedo: «es un mal augurio en Indias tal honor e nombre», hasta el punto de hacer esta llamada al futuro: «cualquier hombre de entendimiento no procure tal título en estas partes» (*Historia*, II, pp. 370-371). En la época de Cabeza de Vaca la conquista era aún una empresa particular a la que la corona aportaba el privilegio de conquista y población, los títulos de gobierno y algunas ayudas de reclutamiento. El capital solía ser privado, así como la iniciativa y parte del provecho, de ahí la saña competitiva existente.

rio. En 1541 llegaría Núñez a la isla de Santa Catalina (Brasil), de allí se dirigió a Asunción. Corría el año de 1542<sup>22</sup>. No vamos a entrar en los confusos entramados de la rebelión que puso fin a su gobierno y sustitución por Domingo de Irala. Si sus medidas allí fueron desacertadas o mal interpretadas es algo difícil de precisar (su obra tuvo y tiene detractores y panegiristas), aunque nos inclinamos más por lo segundo. Núñez estuvo preso casi un año y el 7 de marzo de 1545 lo envían encadenado a España. A finales de agosto del mismo año llegó a Sevilla y en diciembre se abrió el proceso. Se inicia para él un doloroso y duro juicio que se prolongó ocho años. Con 36 cargos en su contra, se le exige el pago de 10.000 ducados al Tesoro Real y se decide su prisión en Madrid. Su defensor, Alonso de San Juan, intentaría conseguir de sus seguidores del Paraguay pruebas a su favor, pero fue en vano, y se tuvo que conformar con los testigos que estaban en España. En 1545, Cabeza de Vaca expone una *Relación general de sus hechos, como apología de su conducta y censura de sus enemigos*. Todo fue inútil. Así resume Oviedo su visión del momento, en 1549:

le trujeron preso a la Corte, donde fatigado e pobre sigue su justicia contra sus émulos y es mucha lástima oírle e saber lo que en Indias ha padescido<sup>23</sup>.

Los jueces del Consejo de Indias celebran las últimas audiencias en la primavera de 1551 y el veredicto final

22. A él se debe el descubrimiento de las cataratas de Iguazú.

23. Oviedo, *Historia*, II, p. 371.

fue pronunciado el 18 de marzo en Valladolid. Por él es condenado a privación de oficio y destierro a Orán con seis lanzas a su costa. Sin embargo, Pedro Hernández aduce en los *Comentarios*:

Y después de le haber tenido preso y detenido en la Corte ocho años, le dieron por libre y quitó; y por algunas causas que le movieron le quitaron la gobernación [...] sin haberle dado recompensa de lo mucho que gastó en el servicio que hizo en la ir a socorrer y descubrir<sup>24</sup>.

En 1555 residía en Sevilla, según reza en la licencia de impresión de sus *Naufragios y Comentarios* (1555), «vecino de la ciudad de Sevilla», y allí creyeron algunos que terminó sus días, aunque un contemporáneo, el Inca Garcilaso, nos informa que murió en Valladolid<sup>25</sup>. Para Enrique Pupo-Walker<sup>26</sup>, tomando como referencia las palabras de Alonso Gómez de Santaya en su *Verdadera Relación de lo que sucedió al gobernador Jaime Rasquiza*, Valladolid es el sitio más probable de su muerte, que debió de ocurrir entre 1556 y 1559 como consecuencia de la enfermedad a la que alude en la cédula del 15 de septiembre de 1556. Las fechas de 1557, 1559 o 1564 son otras de las que se han manejado. El hábito de monje y la presidencia del Consejo de Indias se han barajado como posibles últimas ocupaciones. Ruy Díaz de Guzmán, el

24. *Comentarios*, Madrid, BAE, 1946, cap. LXXXIV.

25. *La Florida*, p. 17.

26. Cfr. el estudio introductorio a *Los Naufragios*, Madrid, Editorial Castalia, 1992.

primer historiador criollo, afirma que al final de su vida le asignaron 2.000 ducados anuales de sueldo y que murió en Sevilla, como presidente del Consulado; mientras que los anotadores de las *Cartas de Indias* creen que se hizo religioso y falleció de prior en un convento de la ciudad. Lamentablemente, lo más probable es que la abundancia y holgura no figuraran entre las circunstancias vividas en los últimos años. Sin dudas Núñez es un fracasado y largamente justificaría su fracaso a través de los *Comentarios*. Aunque fuese absuelto de culpa, en política cuenta sobre todo el éxito final, y por eso recobra inusitado y profético sentido sus palabras del Prohemio, ya en 1542:

que no tuviera yo necesidad de hablar para ser contado entre los que con entera fe y gran cuidado administran y tratan los cargos de Vuestra Magestad y les haze merced.

## Los *Naufragios* y el tipo discursivo

Hace algunos años<sup>27</sup> nos referíamos a los *Naufragios* como «crónica», entendiendo el término en su más lato sentido porque en él tiene cabida un grupo muy heterogéneo de textos. Si atendemos a los criterios tipológicos que subyacen en dicha clasificación<sup>28</sup>, los *Naufragios* pueden

27. «Los *Naufragios* de Álvaro Núñez Cabeza de Vaca: entre la crónica y la novela», *Segundas Jornadas de Andalucía y América*, II, 1982, Sevilla, 1984, pp. 331-364.

28. Walter Mignolo, «Texto y contexto discursivo: el problema de las crónicas indianas», en *Texto y contexto en la literatura hispanoamericana*.

ser abordados desde una doble perspectiva: el «tipo discursivo» al que pertenece y su «formación textual», fruto de la combinación de lo que no es propiamente «historia», ni propiamente «literatura» y que por esa misma impureza, las contiene a ambas. El texto de Núñez es «relación, historia y literatura» (ficción). El jerezano no va a la Florida con el objeto de escribir un diario de la expedición<sup>29</sup>, ni aun siquiera era su misión la de informar, ya que su cargo era el de alguacil mayor y tesorero (intendente y comisario de policía). Sólo como aspecto derivado y motivado por circunstancias ajenas (el fracaso de la expedición, sobre todo) surge la necesidad de «escribir» primero (informar al emperador) y «publicar» después (la *Relación* impresa en Zamora, 1542). En el Prohemio se observan algunas de las razones de su escritura, referidas a su situación personal y a sus tribulaciones. En primer lugar, Núñez dirige al emperador los elogios de rigor a su poder, guiado por el servicio a su persona, para argüir a continuación cómo ese deseo de servicio puede verse disminuido por causas no imputables al «deseo y voluntad de servir», sino a las mudanzas de la inconstante «fortuna, o más cierto sin culpa de nadie, más por sola voluntad y juicio de Dios»<sup>30</sup>. Todo esto

na, Madrid, 1980, pp. 223-233, y «Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista», en *Historia de la literatura hispanoamericana*, I, Madrid, 1982.

29. En la expedición iba un escribano, Jerónimo de Alaniz, que difícilmente podría haber escrito una relación, ya que murió en la isla de Malhado.

30. La acción épica, de raíz grecolatina, incluía, como recurso necesario, aleccionantes mudanzas de la suerte favorable o adversa de los personajes, dirigidas a poner de manifiesto el temple del protagonista;

no es sino un exordio para disculparse por el resultado de la empresa que, paralela y oblicuamente, servirá para engrandecer su persona a la vista del monarca, pues aquí hay mucho de tópico de la «humildad», así como anteriormente estábamos ante una «fórmula de devoción». Su honor debe quedar en alto: «Bien pensé que mis obras y servicios fueran tan claros y manifiestos como fueron los de mis antepassados», así como su servicio al rey que, por las circunstancias conocidas, imputables sólo a un castigo divino, «por nuestros pecados permitiese Dios», tuvo que quedar reducido a su «escritura»: «no me quedó lugar para hazer más servicio deste, que es traer a Vuestra Magestad relación...», de la que Núñez forma parte en un doble plano: como autor y como protagonista activo y heroico de la empresa.

A partir de aquí, procurando «tener particular memoria de todo», Cabeza de Vaca resume el contenido de su obra, insistiendo en algo fundamental, el testimonio de lo visto y lo vivido:

de lo que en diez años que por muchas y muy estrañas tierras que anduve perdido y en cueros, pudiesse *saber y ver*, ansí en el *sitio* de las tierras y provincias y *distancias* dellas como

en su intervención mediaban las divinidades. Al ser incompatibles con el cristianismo se vio la necesidad de armonizarla con la nueva seguridad religiosa. Bajo ese plano aparente (la fortuna o suerte) se esconde otro más profundo, el de la moral cristiana, de ahí que la fortuna se convierta en mero instrumento de una fuerza superior (Dios o la Divina Providencia). Bajo esa perspectiva sobrenatural presidida por Dios, a la fortuna no le corresponde más que una condición inferior, subordinada, poética o decorativa, como ocurre con otras abstracciones mitológicas que pululan en el Renacimiento, de forma desgajada.